

IV

Democracia intelectual

Insisto en este tema, ya tratado antes.

El sentido democrático que caracteriza en gran parte la obra social del siglo XIX—aunque ya existía y produjo efectos de gran intensidad en el siglo XVIII—no está limitado al orden político. Etimológicamente, la palabra lleva consigo, es cierto, esa limitación: *democracia* es gobierno, poder político, del *demos*, del pueblo «bajo», del cuarto Estado; y sin duda, los demócratas buscan ante todo la conquista del poder para las masas que representan, aunque, por lo común, sin el propósito de exclusión de los demás elementos sociales, si bien, prácticamente, el régimen de mayorías en que se asienta casi toda la vida política moderna sea un régimen de exclusión y un arma de positivo dominio para los más, que son los de «abajo», en todo sistema de sufragio universal.

Pero el poder nada significa por sí mismo, si no es el afán impuro de mandar y de explotar,

en beneficio propio ó en perjuicio ajeno, ese mando. Mandar por mandar, es cosa de orgullosos ó de vengativos. El poder hay que desearlo, como el artista desea los instrumentos de su arte, para hacer algo hermoso, bueno, justo; para impulsar la vida colectiva (hasta donde ésta es dirigible desde el gobierno) en una dirección dada, que responda á un ideal. Por eso cuando se oye hablar á los políticos de «conquista del poder» ó á los pueblos de libertad, de autonomía—que son poder también—, la pregunta que viene á los labios siempre es esta: «¿Para qué? ¿Qué van ustedes á hacer cuando manden, cuando sean libres, cuando se rijan á sí propios?» Porque á la humanidad, á la civilización, lo único que le importa es eso; y si el mando y la autonomía se han de emplear para el mal ó para el retroceso, más vale que no se llegue á conquistarlos.

Pero vuelvo á mi tema. Se puede pensar en el *demos*, en la masa, para algo más que la acción política; y no sólo se puede, sino que se *debe*, puesto que, según hemos visto, aquélla es un simple medio, una forma de obrar cuya energía y extensión importan menos que el fin á que se dirige, y ese fin estará siempre determinado por el contenido ideal de la masa. Ahora bien; transportada la cuestión á este terreno (que es substancialmente el de los demócratas *filántropos* del siglo XVIII, aunque hoy quepa serlo, á la vez, en ambos sentidos), el *demos* aparece formado por un número

de gentes mucho mayor que el de la clase social y política así llamada estrictamente. El *demos* intelectual lo forman todos los ignorantes, todos los pobres de corazón y de inteligencia, todos los que no han elevado el cuadro de sus aspiraciones espirituales por falta de luz, de saber, y ocioso es decir que de esos hay número abundantísimo en todas las *clases* sociales. El sentimiento de ese democratismo intelectual es el que ha producido los dos movimientos paralelos de la difusión de la enseñanza y de la divulgación científica. Voy á tratar del segundo con referencia á España.

*
* *

Condensando el aspecto moral de esa aspiración democrática á que aludo, escribe el filósofo Höffding: «El socorro espiritual que un hombre puede prestar á otro, consiste esencialmente en dar mayor verdad y claridad al sentimiento que éste tiene de la vida. No es preciso para ello que ambos se coloquen exactamente en el mismo punto de vista, ni que pertenezcan al mismo tipo religioso; cuando se posee el sentido de la personalidad y de la verdad personal, puede ayudarse al prójimo á adquirir una claridad completa y una expresión perfecta de su ser, aun cuando fuésemos seres diferentes. Hay individuos particularmente aptos para tomar así á su cuidado las almas, y que á menudo lo practican sin sa-

berlo. Pero nadie está completamente excluido de esa misión.» La conciencia de ella existe por lo menos, y generalmente de un modo vivísimo, en todos los hombres que participan, en más ó en menos, de las ideas llamadas «liberales». Todos ellos (pensando en la masa proletaria de la inteligencia, aun más que proletaria de los medios económicos) trabajan ardientemente por redimir la de ese estado, para elevarla á la personalidad que proporciona el saber de nosotros mismos, del mundo que nos rodea y de la posición que en él nos corresponde. Uno de los medios de lograr ese fin, es la difusión, por la imprenta, de los libros en que ha de basarse la cultura de un hombre moderno. De aquí la fundación de las bibliotecas populares, de las ediciones baratas, de los periódicos y revistas de precio módico, y el prodigioso vuelo que hoy han tomado los manuales y los libros llamados de vulgarización.

Ciertamente, sería desconocer la realidad de las cosas humanas negar que en el fondo de estas empresas hay, á menudo, el interés puramente económico de un editor, de un comerciante de libros; pero sería también caer en ese mismo desconocimiento el creer que, sin el concurso de tales intereses—quizá bastardos en relación con la idea elevada que explotan—ésta podría tener realidad las más de las veces. Es seguro también que, en la mayoría de los casos, junto al capitalista, y como inspirador, hay un intelectual de

alma generosa, en quien germinó la idea y por quien la obra, al fin y al cabo, se produce.

En los pueblos que están á medio formar, que no han hecho todavía su revolución interna, ese movimiento adquiere intensidades superiores en los momentos de crisis, de incubación de grandes explosiones. Cuando algún historiador, penetrado de su verdadero programa, escriba el libro de las revoluciones políticas españolas, á partir de la de 1808, dedicará los primeros capítulos á historiar el movimiento bibliográfico de la época, y hallará siempre, en los años inmediatamente anteriores á cada impulsión, una actividad especial libresca, formada por traducciones de obras procedentes de aquellos países que, habiendo cumplido su revolución, pueden ser guía de los retrasados, y por vulgarizaciones de las ideas nuevas que serán verbo de la obra futura. Así á fines del siglo XVIII y primeros años del XIX; así en los prodromos de la reacción liberal de 1820; así en los tiempos que precedieron á la revolución de 1868.

Una cosa análoga ocurre ahora. Yo no sé si se prepara aquí, en los espíritus, una revolución política á la manera de las antiguas; quizá la mayoría no piense en ella como fin primordial y antecedente. Pero que hay una honda, oscura remoción ideal; una inquietud en las almas; una desorientación crítica que impulsa (de modo fragmentario y desperdigado por lo general) á tantear nuevos derroteros, probando el agua de mil fuen-

tes distintas y aun contradictorias, me parece indudable. Qué resultado provenga de aquí, en qué dirección predominante se condensen las corrientes varias que hoy confusamente se dibujan, sería vanidad pueril predecirlo. Científicamente, ni aun cabe decir que toda esta remoción intelectual cuaje en algo positivo, ó se desvanezca sin dejar rastro en la vida nacional; pero la existencia del fenómeno—á pesar de nuestra actual y efectiva pobreza en la producción intelectual—es segura.

Organo de él son las bibliotecas económicas de vulgarización á que antes me he referido, y en general, la tendencia de los editores á publicar libros baratos que son, en su inmensa mayoría (el hecho tiene importancia), traducciones. Los editores se han visto impulsados á esto, no sólo por la competencia (factor económico cuyo valor no puede en esto negarse), sino también, y quizá principalmente, por la conciencia de que el público que hoy lee es *demos*, es proletariado, es público que no puede dedicar en su presupuesto partidas considerables á la compra de libros, pero que suple, con su extensión, la cuantía de las adquisiciones individuales.

Inútil es encarecer el efecto positivo que en nuestra cultura ha de producir esa avalancha de doctrinas modernas, tan variadas y á menudo contradictorias (lo cual, en espíritus preparados, es un saludable sacudimiento, que evitará el esco-

llo del dogmatismo), representada por tan enorme cúmulo de traducciones, así como la depuración del gusto literario y el ensanchamiento de los horizontes artísticos que originará, sin duda, la difusión de los novelistas, poetas y críticos representantes de las más heretogéneas corrientes. Pero la obra de la cultura popular no puede considerarse realizada con esto solo. Hay que completarla, mejor dicho, hay que *prepararla*—para que las lecturas no caigan en tierra estéril ó no produzcan lamentables confusiones, de terribles consecuencias prácticas á menudo—, con una enseñanzas primaria sólida, extensa y accesible á toda la población escolar; con una enseñanza de adultos que arranque de la ignorancia á tantos hombres que hoy la lamentan y no pueden por sí mismos combatirla, y por la organización de todas esas instituciones postescolares (Extensión universitaria y otras del mismo género) que en Inglaterra, en Francia, en Austria y en casi todos los países de alta civilización, son las que mantienen el nivel de la cultura general y abren á la masa el campo del saber positivo y de los puros y educadores placeres intelectuales.

Esa parte de la obra es la que necesitamos emprender con gran empuje y sin pérdida de tiempo.

V

La crisis de la Extensión universitaria

I

La Extensión universitaria va abriéndose paso entre nosotros. Después de unos años de vacilación, la semilla sembrada en el ensayo inicial de 1898 ha fructificado en algunas regiones de la Península; y, como no podía menos, reviste en cada una—y aun podría decirse en cada localidad de ellas—formas diferentes, derivadas, ó de las condiciones y necesidades del público, ó de la imposición de tendencias tradicionales, á menudo impropias para el nuevo fin que se persigue. La experiencia irá diciendo cuáles de esas formas son viables, cuáles dan resultados positivos y cuáles no pasan de una pura apariencia retórica, un hacer que hacemos, sin eficacia alguna. Pero sin que tengamos que aguardar á la propia experiencia, la ajena nos brinda ya con bastantes hechos que pueden servirnos de enseñanza y de aviso para evitar á tiempo fracasos casi seguros.

De esos hechos, el más saliente es aquel á que se refiere el título de este artículo, hecho observado, á la vez, en Inglaterra y en Francia. Veamos en qué consiste.

Suele decirse que la Extensión universitaria es una obra postescolar. La calificación no es enteramente exacta, si con ella se entiende que el público de la Extensión ha de estar compuesto siempre de personas que, por lo menos, han recibido la enseñanza primaria elemental. La primitiva fundación de Tonybee-Hall no se detuvo ante este requisito, antes bien, buscó á los necesitados de cultura entre los más desprovistos de ella, entre esos habitantes de los «barrios bajos» londinenses que ni aun saben leer. Es, por otra parte, notorio que el analfabetismo no representa una dificultad insuperable para la instrucción y la educación; y que si ha de procurarse siempre que el sujeto posea esos *instrumentos de trabajo* que representan la lectura y la escritura, para que su cooperación sea más activa y personal, cabe enseñar muchas cosas, y con seguro fruto, á quienes no los poseen. La Extensión universitaria inglesa es buen ejemplo de lo que digo: al lado de numerosos cursos cuya base es la lectura del *Syllabus* en que se resumen las lecciones, hay no pocas *conferencias* y charlas familiares que se dirigen á los que no pueden leer. En España, el caso es frecuente, con mayor razón que en Inglaterra.

Por otra parte, la calificación de postescolar

cuadra perfectamente á la Extensión, si con ella quiere decirse que sirve y es necesaria á los mismos que han pasado previamente por uno ó varios grados de la enseñanza, á los hombres y mujeres que poseen una cultura inicial mayor ó menor, y aun títulos académicos más ó menos especiales. Que así es, lo prueba la calidad de la mayoría del público que en Inglaterra y Austria, verbigracia, acude á los cursos. En España, sabido es que la *burguesía* nutre en buena parte el auditorio de la Extensión, y no hay para qué decir lo mucho que necesita de ese refuerzo de cultura. Gran síntoma es que lo comprenda y que utilice lo que para este fin se le ofrece.

Pero conviene repetir una observación de puro buen sentido que he cuidado de hacer siempre que de esta materia he tratado, á saber: que siendo necesaria para todos—en países atrasados como el nuestro, mucho más que en otro alguno—, la Extensión es mayormente necesaria para los que menos cultura poseen, para los verdaderos *proletarios* de la inteligencia, valga la frase. Razones de todo género abonan esta observación, desde la que impone acudir con las mayores fuerzas donde el peligro es más grande, hasta la razón económica, que permite mejor el autodidactismo, ó la concurrencia á los establecimientos de enseñanza ordinaria, á quienes poseen algunos medios de fortuna que á los reducidos á un jornal mínimo, apenas suficiente para las necesidades

elementales. La conciencia clara de que este es el público que más conviene atraer, ha sido la causa creadora de los *settlements* ingleses, de las Universidades populares francesas, y se manifiesta en la preocupación constante que revelan, en todos los países, los organizadores de la Extensión en sus diferentes formas.

Ahora bien; en esto es en lo que se ha producido la crisis, ó lo que llaman crisis de la Extensión y de las Universidades populares algunos autores. Veamos cuál es el alcance de este fenómeno.

En Inglaterra—y caso aparte de los *settlements* del tipo de Tonybee-Hall—la inmensa mayoría de los cursos de *University Extension* han sido, hasta hace poco, exclusivamente burgueses. La intención de los organizadores fué muy otra, sin duda. Algunos de ellos declararon abiertamente que el propósito era, ante todo, difundir la instrucción superior entre los obreros. El propósito fracasó. Los obreros no acudían á las conferencias y cursos. El público de la Extensión componíase, como dice Friedel, «de burgueses y burguesas más ó menos *snobs*, de maestros y maestras de instrucción primaria... de empleados y comtables, hombres y mujeres, sobre todo mujeres convencidas de que instruyéndose mejorarían su posición». Con respecto á ese público, la Extensión llenaba el papel de la enseñanza primaria superior, de la secundaria, y, con menos efectividad, de la univer-

sitaria, patrimonio exclusivo, hasta ahora, de las clases sociales ricas.

Con esa serenidad propia del carácter inglés, los organizadores de la Extensión no se desanimaron por la ausencia de los obreros. Estudiaron el por qué de ella y procuraron combatirla. En Agosto de 1903 consiguieron la primera victoria, dieron el primer paso para la resolución de la crisis. Reunidos en la Universidad de Oxford varios representantes de las *Trade Unions*, de las cooperativas obreras y de la Extensión, echaron las bases de una Sociedad especial, cuyo fin es «difundir la instrucción superior entre las clases obreras». Presidía la reunión el obispo de Hereford. Discutido y aprobado el reglamento, la Sociedad habrá funcionado durante el curso de 1903-1904; y aunque desconozco cuáles hayan sido los resultados de su acción, creo poder afirmar *a priori* que la crisis está salvada, á lo menos en lo fundamental. Lo fundamental para los ingleses es, en este caso, que los mismos obreros hayan tomado la iniciativa de la reforma. Uno de los organizadores de la Extensión universitaria de Oxford ha declarado que el fracaso relativo de ésta—por lo que se refiere á la masa de los trabajadores manuales—depende de que «se comenizó de mala manera, porque en todo movimiento realmente democrático, la iniciativa debe venir del pueblo mismo». Esto no es, sin embargo, más que relativamente cierto, porque sólo es relativa-

mente posible. En países donde, por la cultura general difusa que penetra aun en los que de propósito no la adquieren, las clases obreras tienen conciencia clara de su estado y de sus necesidades en el orden intelectual y esa conciencia llega á producir la aspiración á remediar la falta, cabe esperar que ellas se adelanten á pedir lo que necesitan. Donde eso no ocurra, se impone la iniciativa de los hombres cultos, de los filántropos, que se decía en el siglo XVIII, y, como trabajo previo, el de despertar la dormida conciencia de los trabajadores manuales, para que se asocien de una manera viva á la obra que en favor suyo se pretende realizar. Claro es que si ese trabajo previo fracasa, toda la obra caerá por su base; porque en la Extensión universitaria, como en toda empresa educativa, el factor principal es el educando, es decir, la cooperación activa, intensa, ferviente del que recibe la enseñanza.

Pero una vez lograda esa cooperación; una vez despierta la iniciativa del obrero, ó manifestada espontáneamente, donde esto sea posible, el problema cambia de aspecto y reviste, á mi ver, pura y exclusivamente un carácter pedagógico, ó sea, consiste en saber ó no saber dar la enseñanza que el obrero necesita y en la forma que la necesita. Eso es lo que habrán tenido que resolver los ingleses y lo que, como veremos, ha sido la causa principal de la crisis de las Universidades populares francesas.

II

En Francia, los hechos han ocurrido de otro modo que en Inglaterra. El pueblo obrero respondió á la iniciativa de Deherme y sus imitadores (1), en unos sitios, como en la *Cooperación de las Ideas*, inmediatamente y con gran entusiasmo; en otros, como en la Fundación universitaria de Belleville, tras de alguna espera que no desanimó á los fundadores. Difundidas por todo el país; ligadas, ya al movimiento socialista, ya el católico, que no quiso dejarse arrebatarse toda la masa, las Universidades populares se mostraron durante algún tiempo como institución arraigada, de éxito seguro y creciente. Pero el desengaño llegó pronto. Lo confiesan y le proclaman los más enamorados de la hermosa obra de cultura y fraternidad iniciada en la rue Paul Bert. «Poco á poco—dice

(1) Para los que desconozcan la historia de este movimiento—que tiene curiosas singularidades—, indicaré como fuentes dos publicaciones españolas: una es la Memoria de don Leopoldo Palacios, como pensionado de la Universidad de Oviedo en París, de la cual se han impreso capítulos sueltos en los *Anales* de la Universidad citada (tomo II), en *La España Moderna* y en otras revistas; la otra es el libro del señor Cebriá Montoliu, *Institución de cultura social*.

Mauricio Duhamel en un folleto reciente (1)—, á despecho de los esfuerzos de los intelectuales y de sus llamamientos reiterados, los obreros abandonaron las salas donde habían ido á escuchar la buena nueva. La mayoría de esas salas se cerraron, y las que subsisten, totalmente apartadas de su fin primitivo, cuentan por todo público unos cuarenta estudiantes, literatos primerizos ó artistas jóvenes, á los que de vez en cuando se une un corto número de obreros escogidos. Pero el pueblo ha dejado de frecuentar las Universidades populares.» Una información particular, adquirida hace pocos meses de labios de un intelectual parisién, sumamente entusiasta de la Extensión y miembro activo de ella, ha venido á confirmarme la certeza de lo que Duhamel dice, apartando de mí todo recelo de pesimismo que, á veces, brota de las entrañas mismas del amor, que con nada se satisface. «El público actual de nuestras Universidades populares—dice mi informante—no es propiamente obrero, sino de la *petite bourgeoisie*, y cuando más, contiene algunos elementos de las clases obreras más cultas (verbigracia, los cajistas de imprenta), es decir, de las que menos necesitan de la enseñanza. Ese mismo público no acude con entusiasmo más que á las conferencias y cursos de carácter político ó *social*.

(1) *L'éducation sociale du peuple et l'échec des Universités Populaires*. Paris, 1904.

Si queremos salvar esta crisis, en espera de su remedio, tenemos que convertir las Universidades en centros de propaganda de determinadas ideas, en vez de conservarles el sentido neutral, puramente *científico*, que Deherme logró tuviese por algún tiempo: *La cooperación de las Ideas*.»

Comprobado el hecho de la abstención de los elementos populares, «indiscutible hoy día», lo que importaba era averiguar su causa. Dick May abrió información acerca de ella en *La Petite République*. Ninguna de las contestaciones recibidas fué satisfactoria. El propio Dick May emitió una que á Duhamel le parece la más razonable de todas, á saber: que los obreros no acuden á las Universidades populares por la fatiga que les produce su jornada de trabajo manual. Pero con ser razonable, esta explicación no es, ni mucho menos, suficiente. «Sin duda—dice Duhamel—el pueblo necesita un valor heroico para quitar, del período de descanso adquirido con gran esfuerzo, las dos horas que requiere la audición de una conferencia diaria. Pero ese valor lo tuvo el pueblo. Seguramente lo hubiera conservado mucho tiempo aún, tan vivo es el pesar que les causa su desconocimiento fatal de todas las cosas. «La ignorancia es para el obrero la causa principal de su esclavitud política y económica», dice un cartel redactado y publicado por los miembros de la U. P. de Montreuil-sous-Bois. «Ignorancia y miseria son dos cosas inseparables»,

dice otro cartel. «Miseria física y moral para el obrero. Miseria moral para el rico.» Ante todo, el pueblo está ávido de saber. Acogió con entusiasmo la aproximación que le proponían los intelectuales, porque esperaba poner fin, con ella, á la «miseria moral» denunciada por los obreros de Montreuil. Y hubiese sido capaz de todos los sacrificios por asegurar el éxito de las Universidades populares, si en ellas hubiese encontrado las conclusiones científicas á que cree poder exigir el secreto de su emancipación.»

Con estas últimas palabras comienza Duhamel á exponer la que él cree causa principal del fracaso de las Universidades populares. Más adelante, la formula resueltamente de este modo: «La mayoría de esas pequeñas instituciones no fueron más que una copia reducida y simplificada de las Universidades oficiales... Y los hombres que intentaron en ellas «educar al pueblo», profesores en su mayoría, contentáronse en sus conferencias con repetir, abreviándolos algo, los cursos que habían explicado antes á sus alumnos, *sin darse cuenta de la diferencia que existe entre una cátedra de Facultad y una tribuna de educación social*, del abismo que separa la inteligencia algo ruda del proletario y el espíritu adornado, peinado, raído, de un bachiller reciente.»

Juzga Duhamel que ese error de los profesores era inevitable, dada su educación intelectual y sus hábitos de estudio «Nuestros profesores—dice—

conocen perfectamente las industrias antiguas de Egipto, de Roma ó de Grecia; pero ignoran todo lo referente á las fábricas y talleres del siglo actual. Saben la procedencia de los objetos domésticos que se usaban en el Latio, y no ignoran el menor detalle de la vida de los Ilotas; pero muy pocos de ellos podrían decir de dónde viene el paño de que se visten y cuál es el salario del obrero que arranca de la tierra el carbón que les da calor. Poseen admirablemente la historia de las corporaciones, de los jurados y maestrías de la Edad Media; pero nuestros sindicatos y nuestras cooperativas son letra muerta para ellos.»

Ahora bien; los obreros habían acudido á las Universidades populares en la creencia de que allí encontrarían «el secreto de su miseria y el medio de remediarla». Deseaban que se les explicase «las bases económicas de la sociedad moderna y las causas de su servidumbre social». En vez de esto, se les habló de filosofía, de numismática, de literatura y de arqueología. En la sala Mouffertard, el año pasado uno de los conferenciantes trató, en diez lecciones, de los «principios fundamentales de una metafísica nueva», mientras que en la Cooperación de las Ideas, el Sar Peladan charlaba sobre «La estética de la Tragedia». El resultado de tales programas no se hizo esperar mucho. El pueblo juzgó que las mejores bromas son las más cortas, y abandonó las Universidades populares.

III

Conviene recoger algunos de los hechos que Duhamel expone. Ante todo, nos encontramos con un público que reduce su curiosidad á un solo orden de cuestiones. Que así lo haga, tiene explicación sencillísima: en el individuo y en las colectividades, el interés intelectual comienza siempre por las cuestiones que más afectan á la vida propia, á las luchas de momento, cosa perfectamente legítima, de la que es preciso partir para la eficacia de toda acción ulterior. Pero también es cierto que esa estrechez de horizonte dificulta mucho el problema, limita el campo educativo y entendida demasiado literalmente, sólo ataca una parte de la ignorancia general de que los mismos obreros se quejan. Hay que advertir también que los proletarios de Londres en Tonybee Hall, y los obreros españoles en todas partes, han demostrado mayor amplitud de criterio, interesándose por muchas más cosas que las estrictamente ligadas al problema de su miseria actual. La posición del público francés es singularísima. Sus educadores deben estimarla como una condición que se impone y sin satisfacer á la cual todo trabajo resul-

tará baldío; pero quien estudie el problema desde un punto de vista más general, no ciñéndose á un pueblo determinado, ó apreciando las variantes nacionales y regionales del público, sin perder de vista el interés supremo de una educación integral, humana, no puede considerar aquella causa como la única de posible fracaso ni dejar de advertir el peligro que representa.

No quiere esto decir que la desilusión de los obreros franceses haya sido inmotivada y que la crítica de Duhamel sea injusta. Los programas de las Universidades populares de aquel país, y en general los de todos los países, han venido pecando de intelectualismo, han sido formados *queriendo* pensar en el pueblo, pero en realidad con la sugestión fortísima del acostumbrado público escolar y burgués. Conviene, pues, corregirlos. ¿Cómo?

En primer término, y por lo que toca á la misma Francia, el error no ha sido absoluto. Duhamel lo confiesa. «Las Universidades populares que no fueron acaparadas por los estetas, *sares* é ideólogos de todo género, algo se ocuparon, á decir verdad, de los hechos económicos. Y si se perdió mucho tiempo discutiendo cuestiones secundarias: moral, problema de la enseñanza, etcétera, ó relatando la historia del socialismo (cosa que, bajo la apariencia de formar el espíritu crítico del pueblo, era propicia sobre todo á embrollarlo, por la exposición sucesiva de sistemas

demasiado diferentes), hubo conferenciantes discretos que supieron hacer interesantes y útiles historias del sindicalismo ó de la cooperación, detallando la organización de las *Trade's Unions* y de las asociaciones extranjeras, comentando los resultados adquiridos, los proyectos en vías de discusión ó las lagunas de nuestra legislación obrera. Que así continúa haciéndose en algunos sitios, lo prueban los programas y los extractos de las conferencias que se dan en la «Universidad popular de los estudios nacionales» (Paris), cuya colección tengo á la vista, y en cuyas publicaciones se lee la nota siguiente: «Los oyentes que deseen interesarse de un modo especial por los trabajos de la U. P. de los E. N., ó que tengan que comunicar informes útiles sobre *el comercio, la industria ó los hechos sociales*, harán el favor de dirigirse, por carta, á uno cualquiera de los miembros del Comité de Dirección.» Reconozcamos que si el pueblo sigue no concurriendo á estas conferencias es porque la causa está en él mismo, ó porque los conferenciantes no saben adecuar su enseñanza—aun dentro de temas atractivos—á las condiciones intelectuales de su público. De esto último hablaremos de nuevo más adelante.

Pero conviene, ahora, rectificar un error de Duhamel y de los obreros franceses. Aunque las cuestiones que éstos parecen preferir tienen en abono de esa preferencia las razones que ya hemos expuesto y lealmente reconocido, no pue-

den ser ellas las únicas que formen el programa de la Universidad popular, sin riesgo de que la educación del obrero sufra una como decapitación de terribles consecuencias. Cabe discutir si—en la orgánica dependencia que todas las cosas de la vida tienen—al obrero, como tal, deben importarle tan sólo los hechos estrictamente económicos; pero no puede negarse que, como hombre, le importan otros muchos, y que de conocerlos ó no, de tener acerca de ellos ideas claras ó puras leyendas, depende su juicio respecto de muchos problemas actuales y su conducta como ciudadano. Los asuntos jurídicos, históricos, morales, religiosos, no pueden ser indiferentes para el pueblo, no lo son ante las luchas modernas, ante la propaganda de los partidos reaccionarios, ante la consideración del grave peso que aun representan en la obra de la cultura y de la paz las supervivencias y atavismos de las épocas de barbarie. Y si consideramos el valor que representa en la obra indispensable del mejoramiento moral de la humanidad la elevación, la finura del espíritu, no negaremos la importancia de la educación artística—incluyendo en ella la preparación para gozar de los espectáculos naturales—, ni la eliminaremos de los programas de la Extensión. No es, pues, tanto como á primera vista parece, lo que debe segregarse de los programas universitarios para aplicarlos á la educación popular.

El problema consiste, á mi ver, *en el modo* de la aplicación y presenta absolutamente los mismos caracteres que tratándose de los niños. Sabido es que á éstos se les puede enseñar *todo* y que los pedagogos prácticos desechan hoy, con plena razón, los programas escalonados de materias que Spencer, Bain y otros presentaron con una rigidez cronológica demasiado abstracta para que respondiese á una realidad. La piedra de toque está en *el cuánto* de la materia y, sobre todo, en *el punto de vista*, que debe ser siempre aquel desde el cual *ve* la cuestión el alumno, según su grado de experiencia en la vida y su cultura. ¿Y qué duda cabe que el obrero se plantea á su modo *todos* los problemas fundamentales de la humanidad? No se planteará, no se podrá plantear los *especiales* que han nacido al calor del cultivo particular, intenso, de una rama de estudios. Éstos hay que rechazarlos en absoluto. Pero los generales, los que el vulgo, no sólo se propone á cada momento, sino que discute y resuelve dentro de su incultura (con grave daño, por esto mismo, de la vida práctica), en esos, el obrero piensa y, en todo caso, es preciso que piense. La dificultad, pues, se caracteriza como plenamente pedagógica. Si el profesor sabe ver los problemas como los puede ver su auditorio inculto, y los sabe explicar de modo que le entiendan sus razones, el obrero se interesará y acudirá á las conferencias y cursos. En otro caso, hará como los

mismos alumnos hacen, tanto en la escuela como en las clases universitarias: aburrirse y no atender. Todavía los obreros tienen á su favor una libertad de que los alumnos, chicos y grandes, carecen por lo común, que es abandonar la cátedra y dejar solo al profesor que no los entiende; porque casi siempre es él quien no los entiende á ellos, no ellos los que no entienden al profesor.

El mismo carácter pedagógico tiene la discreta ponderación de los asuntos, para responder, precisamente, á esas preferencias que el obrero puede experimentar en algunos casos y es lógico que experimente. Para ello, debe recomendarse siempre una cosa que en la Extensión universitaria de Oviedo (cursos populares y conferencias y cursos dados en las localidades esencialmente obreras) hemos procurado hacer y hemos logrado á menudo: que los mismos oyentes, ó los grupos (Centros, Sociedades, Casinos, etc.) que piden la Extensión, indiquen los asuntos que deseen ver incluidos en el programa. Y cuando alguna vez nos han contestado: «Eso ustedes. Ustedes saben mejor que nosotros lo que nos conviene», les hemos replicado: «Están ustedes en un error. Nadie más que ustedes puede decir lo que ha de interesarles.» Y así se han formado muchos de nuestros programas (1).

(1) El sistema ha sido diferente en cuanto á las conferencias que se explican ante un público heterogéneo, muy mezclado, como el que acude, verbigracia, al paraninfo de la

En ellos—conviene decirlo—se nota una amplitud muy grande de horizontes. Nuestra clase obrera no es tan exclusivista como la de Francia.

Duhamel sugiere una idea que debe ser tomada en consideración. Á su juicio, uno de los vacíos más grandes de la educación popular está representado por la ausencia de temas referentes á las profesiones obreras, á lo que se ha llamado «educación técnica».

«Todo el mundo conoce—dice—la extrema división del trabajo que actualmente reina en toda la industria. Un ejemplo clásico nos enseña que la fabricación de un alfiler se compone de catorce operaciones, realizada, cada una de ellas, por un obrero especializado en su tarea particular... El resultado de esa división es que cada trabajador, instruído en la única parte de su oficio que cada día ha de cumplir, ignora casi totalmente el conjunto de él, y con mayor motivo las leyes que rigen la producción á que contribuye. El minero, el metalurgista, nada saben del mercado universal del acero ó el carbón. Y esta ignorancia se transparenta en las huelgas, que estallan *casi siempre* en el momento en que, cumplidos los contratos de los patronos y repletos los *stocks* de reserva, los «reyes de la mina y del riel» pueden, con toda

Universidad, al salón de actos del Instituto de Gijón, etcétera. Véanse, sobre esto, las Memorias de Extensión universitaria escritas por el señor Sela y publicadas en los *Anales* de la Universidad.

tranquilidad, esperar á que se agoten las cajas de resistencia y á que los huelguistas vuelvan al trabajo con jornales muy á menudo inferiores á los que motivaron la revuelta colectiva. Bien se advierte la ventaja considerable que para el pueblo tendría conocer las leyes del cambio, la marcha de la producción internacional, y los errores en que este conocimiento le evitaría caer. Y no es temerario creer que tal enseñanza no aprovecharía sólo á los obreros.»

Como se ve, Duhamel apunta no más que á uno de los aspectos de la educación técnica, al aspecto económico, sin duda muy importante, pero en manera alguna el único. Otros aspectos hay que se refieren á la parte artística y científica de los oficios, que convendría cultivar en las Universidades populares, dado que la práctica de los talleres no llena esta necesidad y deja completamente desatendidas cuestiones esenciales en la educación del obrero como productor. Á esas cuestiones ha procurado atender, en lo posible, la Extensión universitaria de Oviedo, en las series de conferencias y lecturas dadas por el profesor señor Redondo. El interés con que el público obrero las oyó y comentó es buena prueba de que dieron en el clavo, como vulgarmente se dice; y si se quisiera otro testimonio de la utilidad á que responden esas enseñanzas, podría hallarse en el éxito alcanzado por la de dibujo aplicado á los diferentes oficios (carpintería, metalurgia, can-

tería, etc.) que el mismo señor Redondo dirige en las clases nocturnas para obreros del Instituto. Lo que en este particular podrían hacer los artistas y arqueólogos conocedores, no sólo de lo antiguo, sino de las industrias modernas, es incalculable y debe pensarse en ellos para nutrir los programas de la Extensión. La formación del gusto y la renovación de los modelos clásicos serían, entre otras, consecuencias felices de esta difusión de la alta cultura artística entre los obreros. Los grandes fabricantes de loza, de tejidos, de muebles, de orfebrería, etc., saben bien lo que significa para su mercado la cultura de este género (1).

*
* *

Conocida la causa, confío plenamente en que la crisis de la Extensión y de las Universidades populares en Francia y en Inglaterra se resolverá favorablemente á la continuación de la gran empresa de cultura. En España, donde se ha empezado contando con un público numeroso de obreros menos exclusivistas, al parecer, que los franceses, las dificultades con que allí se ha tropezado serán un aviso útil para evitar los errores

(1) En el capítulo «La propaganda de lo fácil», del libro *Psicología y Literatura* (Barcelona, 1904), he citado un caso gen uinamente español de estas aplicaciones.

del intelectualismo, la erudición y la retórica, que en obras como esta pueden ser fatales.

*
* *

Este artículo se publicó en 1905. Desde entonces acá, se ha precipitado la decadencia de las Universidades populares en Francia y de la Extensión universitaria en España. Pero aun quedan entre nosotros algunos centros vivos, y la generosa planta florece con nuevo brío en América entre la juventud de habla castellana.